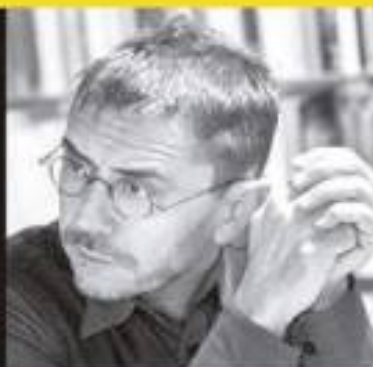


¿Qué es ser
de izquierdas
(hoy)?

JUAN CARLOS MONEDERO

La izquierda
que asaltó
el algoritmo

« La izquierda del siglo XX se enfrentó a enemigos reales en fábricas, calles, parlamentos. Asaltó los cielos y trajo lo mejor de nuestras sociedades. Entre algoritmos secretos y medios de comunicación nos venden hoy deseos, coches, patrias, detergentes, resignación y miedo. Es difícil luchar contra lo invisible. Es tiempo de ponerle una sábana al fantasma para verlo. Y aprender a combatirlo. »



Juan Carlos Monedero

La izquierda que asaltó el algoritmo

FRATERNIDAD Y DIGNA RABIA EN TIEMPOS DEL BIG DATA

SERIE ¿QUÉ ES SER DE IZQUIERDAS (HOY)?

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© JUAN CARLOS MONEDERO, 2018

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

WWW.CATARATA.ORG

LA IZQUIERDA QUE ASALTÓ EL ALGORITMO.

FRATERNIDAD Y DIGNA RABIA EN TIEMPOS DEL BIG DATA

ISBN: 978-84-9097-553-4

E-ISBN: 978-84-9097-550-3

DEPÓSITO LEGAL: M-33.417-2018

IBIC: JPF

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

TELEGRAMA URGENTE

Basta de mentiras. STOP. Ni Donald Trump hace bueno al anterior sistema norteamericano. STOP. Ni el auge de la extrema derecha en Europa hace bueno al fraude democrático del bipartidismo. STOP. Uno y otro son consecuencia del vaciamiento democrático de los sistemas políticos occidentales. STOP. Del triunfo del neoliberalismo, del poder del capital financiero. STOP. Y de la falta de coraje político de nuestras democracias. STOP. Robaron billones con la crisis de 2007 y ningún responsable entró en la cárcel. STOP. La izquierda ha sido derrotada. STOP. Después de cada hundimiento de la izquierda viene alguna forma de fascismo. STOP. Por eso la derecha campa por sus respetos. STOP. Regresa al racismo, pide mano dura salvo para los banqueros y justifica las desigualdades. STOP. O ese espacio antaño llamado izquierda se reinventa, lo llamemos como lo llamemos, o la democracia se va al basurero de la historia. STOP. La democracia está en manos de cobardes. STOP. Hay que recordar que la revolución es un momento en el que las contradicciones se solventan a favor de las mayorías. STOP. Se buscan urgentemente revolucionarios y revolucionarias que peleen el poder para las mayorías. STOP. Cuestionen el estado de partidos. STOP. Entiendan el peligro del capitalismo financiero. STOP. Se blinden contra la extrema derecha. STOP. Y hagan corresponsable de la democracia a la ciudadanía. STOP. Vamos tarde. STOP.

CAPÍTULO 1

HUMPHREY BOGART EN PEKÍN, TONY BLAIR EN BAGDAD Y FELIPE GONZÁLEZ EN UN YATE: LA IZQUIERDA COMO CARICATURA DE LA IZQUIERDA

Nosotros y los nuestros, todos hermanos nacidos de una sola madre, no creemos que seamos esclavos ni amos unos de otros, sino que la igualdad de nacimiento según naturaleza nos fuerza a buscar una igualdad política según ley, y a no ceder entre nosotros ante ninguna cosa sino ante la opinión de la virtud y la sensatez.

ASPASIA (siglo V a. C.)

Porque no tienen sino un Padre, que es Dios, ustedes son todos hermanos.
EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 23, 8-9

Alle Menschen werden Brüder!
(¡Todos los seres humanos serán hermanos!).
FRIEDRICH SCHILLER, *Oda a la alegría*

[...] esa generosa embriaguez de fraternidad.
KARL MARX (*fraternamente*)

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)

LA IZQUIERDA HA MUERTO, ¡VIVA LA IZQUIERDA!

Si fuera cierto que “la izquierda” ha muerto, ¿cuál es el sujeto que ha muerto con ella? ¿Se han muerto acaso los trabajadores? ¿Se han muerto quizá los desiguales? ¿Se han muerto las mujeres, los colonizados, los *condenados de la tierra*? ¿Se han muerto antes de tiempo los ancianos? ¿Se han muerto fulminados por un rayo los que recrean sexualidades desatentas con la reproducción? ¿Se han muerto todos los patitos feos del mundo? ¿Se han muerto los que quieren darle sentido a este breve tiempo en el que vamos a estar aquí? ¿Significa la muerte de la izquierda que también han desaparecido los que dinamitan la convivencia, los explotadores, los invasores, los maltratadores, los abusadores, los tramposos, los sin escrúpulos, los egoístas, los

autoritarios, los sectarios, los cobardes, los integristas, los que mercantilizan la vida, los que solo tienen manos y ojos para ver y tocar negocios y mercancías? No le faltaba razón a Francis Fukuyama cuando escribió *El fin de la historia* al filo de la caída de la URSS. Fue un ensayo muy insultado, pero acertó en definir el momento. La gente descontenta con su suerte se quedó sin palabras para explicarse a sí misma lo que le pasaba. Si el pasado era oscuro y el futuro ya estaba aquí, solo quedaba vivir en el presente. Quizá el libro más poderoso que robaron los vencedores fue el diccionario. Ahora que los diccionarios están en internet, la izquierda tiene que pasar pantalla.

Una parte de la gente que ha votado a Trump en Estados Unidos, de esa gente que vota a la extrema derecha en Europa y no pocos de los que votaron a favor del *brexit* en Gran Bretaña no deja de ser gente que está confiando, de manera desesperada, en la política. Su rabia no es indiferente. Es gente que, con bastante probabilidad, habrá perdido bienestar y que, sobre todo, tiene miedo. Quizá ese miedo es irracional, creado por noticias falsas, injustificado. Seguro que las redes sociales, en manos de pirómanos con ramificaciones bancarias, son en buena medida responsables de esa angustia. Pero no deja de ser cierto que tienen miedo. Las democracias liberales los han engañado. Y hay un riesgo de que renuncien a la democracia.

Decía Walter Benjamin en los años treinta que detrás de todo auge del fascismo había una revolución de izquierda fracasada. Hoy se puede ser más pesimista y decir que detrás del auge de la extrema derecha siempre está el fracaso de una izquierda democrática. Cuando liberales, socialdemócratas y conservadores, banqueros y medios acorralaron contra las cuerdas en 2015 a la Grecia de Syriza, estaban convocando el fascismo. Lo sabían porque se les dijo hasta la saciedad. El fascismo ya está en las calles de Grecia. Esos hipócritas son los que ahora se quejan con llantos más amargos.

Me contaba un amigo carpintero que, haciendo una obra en una casa de Donostia, la dueña, una mujer rica, preten-

ciosa, caprichosa y con ínfulas de artista, se pasaba el día mandándole rehacer y deshacer lo recién terminado. No porque la tarea estuviera mal, sino porque no acababa de saber lo que quería. O porque lo que quería era simplemente un disparate. "Esa tarima hay que hacerla más alta; quizá un poco más baja; probemos ahora con otra madera. A esa ventana le convendría más este molde. Esa puerta vamos a cambiarla porque no hace juego con el molde de la nueva ventana". Después de terminar una escalera de madera, le pidió que la golpeará con el filo de un hacha "para hacerla vieja". "Se va a romper toda", le dijo el carpintero. "Tú hazlo". Mi amigo se negó y la propietaria le espetó arrogante: "¡Pero a ti que más te da, si te voy a pagar!". Algo no fluía. O mi amigo hablaba mejor con los troncos que con los propietarios o la señora tenía algún filtro que le impedía entenderlo. Porque para él era obvio que esa discusión no iba solamente de cobrar, sino de cosas igualmente importantes, aunque no fueran cuantificables. Ahí entraban también la dignidad y el respeto por la profesión, la satisfacción por el trabajo bien hecho, el entender que el tiempo aprendiendo los arcanos del oficio lo diferenciaba de quienes no conocían los trucos de la madera. Su diálogo con los demás, al igual que una parte importante de su lugar en el mundo, tenían que ver con los nudos escondidos en los listones y la pericia con la sierra. Romper era muy fácil. Lo podía hacer cualquiera. Pero construir no era tan sencillo. Haciendo bien su trabajo, ejerciendo bien su tarea, tenía una posición que demandaba respeto y le hacía respetarse a sí mismo. No destruir el trabajo recién hecho tenía que ver con la dignidad. Esa condición que tienen los que no se dejan humillar ni humillan a los demás. Hubo un tiempo en el que los trabajadores portaban una promesa de cambio universal. Hubo un Estado, la Unión Soviética, que se reclamó la patria de los trabajadores. Pero mancilló esa promesa.

Siempre te construyen tus enemigos. La izquierda ha perdido de vista a los suyos. Digo "la izquierda", pero en realidad estoy queriendo decir ese lugar antaño llamado iz-

quierda. El mundo ha cogido una velocidad de vértigo y la izquierda arrastra aún, en el siglo XXI, la cojera de la Unión Soviética. Cada año que pasa, la izquierda —ese espacio antaño llamado izquierda— parece quedarse más y más atrás en la carrera de las soluciones y las propuestas. Apenas estaba empezando a entender Facebook y Twitter y aparecen las *block-chains* (las cadenas de bloques que permiten las criptomonedas) o el *big data* (la obtención y gestión de grandes cantidades de datos), que vuelven a dar herramientas a los poderosos, sean mafiosos de traje o tatuaje, financieros que acarician gatos y estrellas Michelin o mercenarios tradicionales con fusil, dron o algoritmo. Conforme las pantallas de las televisiones son más grandes, con más brillo, colores y nitidez, la esperanza del mundo se vuelve más estrecha, apagada, monocroma y difusa. La biotecnología y las tecnologías de las comunicaciones son enormemente disruptivas. Es decir, la capacidad de interrumpir súbitamente el orden social está dada y hemos perdido el control político y moral en nuestras sociedades para que no descarrilen principios básicos como la igualdad y la democracia. Hemos vivido en un paréntesis de prosperidad, pero los poderosos del mundo están empeñados en que no se repita. Ese lugar antaño llamado izquierda no puede ir en la bodega del barco: tiene que subir al puente de mando, hablar con los marineros y coger el timón. O puede seguir llorando por las esquinas en una estrategia defensiva que solo sirve para que la goleen.

La URSS fue el primer Estado de trabajadores del mundo. Pero los trabajadores allí opinaban poco. De hecho, los trabajadores no sostuvieron su Estado cuando empezó a desmoronarse. Algo se habría hecho mal cuando las mafias ocuparon en casi todo el mundo postsoviético el lugar del Estado. Era extraño ver a los trabajadores de Alemania Oriental marcharse de su país. Es verdad que en buena parte del mundo capitalista los trabajadores sin suerte no tenían a dónde ir y se iban a la resignación, al limbo o a la mierda. ¿Tenía sentido marcharse de un país donde tenían casa, comida, educación, igualdad y ocio? La Unión Soviética-

ca, con su Revolución de Octubre, su coro del Ejército Rojo, las escaleras de Odesa, la resistencia de Stalingrado, la bandera roja en el tejado del Reichstag o el primer viaje al espacio, contó a los proletarios del mundo que era posible lo imposible. La Revolución de Octubre puso en la agenda política otra vez problemas tales como la miseria, el hambre, la ignorancia, la enfermedad. Problemas que el liberalismo, después de cortarle la cabeza a Robespierre, pretendía solventar en el ámbito privado o en un mercado sin clemencia. La izquierda fue capaz de sumar el número de los más y de armar el relato. Cogió la maldición bíblica del "ganarás el pan con el sudor de tu frente" y la convirtió en una herramienta revolucionaria. Allí donde la burguesía había enarbolado la idea de progreso como bandera de la humanidad, puso a los trabajadores como base de la fraternidad universal. ¿No es acaso esa petición tan propia de la izquierda de "unidad, unidad, unidad" la expresión de la nostalgia de esa comunión que brindaba un sentido a la vida? Los seres humanos somos gregarios y nos necesitamos para explicarnos la brevedad de la vida.

La fraternidad no es, sin más, un sentimiento. Es la lucha política contra cualquier subordinación. La fraternidad es una comunidad política que construye una esfera pública virtuosa, donde todas y todos nos miramos y que entre todas y todos cuidamos. En tiempos de internet, hay quien quiere construir las comunidades en las redes. Dejarle la fraternidad a la Iglesia es como dejarle el socialismo al estalinismo. Dejársela a Facebook, que en nombre de la construcción de comunidades ha estado vendiendo nuestros datos al mejor postor, es dejar a Nerón el servicio de bomberos, al obispo de Pensilvania una escuela infantil o a Jack el Destripador la vigilancia nocturna de Londres. Es hora de tomar la fraternidad en serio, de hacerla republicana, de regresarla a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La fraternidad se asienta en valores, se convierte en leyes, políticas públicas, constituciones. Y la fuerza de la fraternidad se multiplica con la consideración de los intereses de los otros que recogen las instituciones democráticas.

La lucha de clases sin fraternidad hace que la izquierda se parezca demasiado a los que quiere combatir, igual que la fraternidad sin enemigos es una nota sin instrumento (fraternidad no es confraternización, dar por inexistentes los conflictos, sino todo lo contrario). Sin saber quién nos daña, no encontramos solución. Los drones se esconden detrás de una nube y las víctimas se separan como si eso sirviera para algo. Fragmentados, no vamos a ninguna parte. La derecha tiene el miedo. La izquierda, la esperanza. Sin la fraternidad, la izquierda no podrá recomponer los fragmentos. La democracia aprendió a hacer del trabajo el lugar por excelencia de la ciudadanía y aprendió a luchar contra la explotación.

Hoy, las nuevas tecnologías tienen la capacidad de procesar *petabytes* de información y convencernos de sus bondades. El *big data* es dios porque lo ve todo, lo puede todo, está en todas partes y decide tu vida. El *big data* es el opio del pueblo. Nos reduce a suministradores de datos y nos desprecia como productores y consumidores. La clase media se desliza hacia abajo en la escalera social y los sectores populares sienten que la tecnología abre una brecha disruptiva, insalvable, que solo puede suturarse con decisiones públicas que va a tocar pelear con fuerza. Nadie sabe a ciencia cierta qué es la izquierda, pero si no recuperamos ese espacio de análisis y la lucha que ayer llamábamos así, no vamos a ser antepasados de nadie. O las mayorías vuelven a ser necesarias, de una forma u otra, o la revolución conservadora vendrá para quedarse mucho tiempo. Los que recaban y procesan datos venden incluso nuestra indignación y la convierten en un algoritmo que se convierte en un GPS ideológico. Los que compran los datos juegan con las emociones.

Cuenta el filósofo esloveno Slavoj Žižek que el final de *Casablanca*, la película de Curtiz protagonizada por Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, tuvo una traducción peculiar en su versión china. Todos recordamos a Rick alejándose en la bruma del aeropuerto junto al capitán Renault mientras este le dice: "Louie, creo que este es el comienzo

de una hermosa amistad". ¿Guiño homosexual? ¿Invitación a perdonar a un canalla colaboracionista con los nazis? ¿Relativismo de valores, cinismo, aceptación de que los intereses están por encima de las ideologías? El caso es que a las autoridades chinas no les pareció aleccionador ese final y lo cambiaron por otro que no molestaría ni a Marx ni a Confucio. Después de acabar con el odioso nazi y arrojar la botella de Vichy a la papelera, Renault afirmaba mientras caminaba lentamente al lado de Bogart bajo la niebla: "Louie, creo que este es el comienzo de una nueva célula antifascista".

La desaparición de la izquierda en muchos lugares del mundo es una catástrofe. Porque es verdad que el renacimiento del fascismo es la expresión del fracaso de la izquierda. Si hay integristas islámicos en muchos lugares de Oriente es porque Estados Unidos hizo fracasar a la izquierda secular y nacionalista que creía en la unión de los pueblos árabes. Y lo mismo con el panafricanismo, la patria grande latinoamericana o el paneuropeísmo. A Estados Unidos nunca le ha gustado que se junten los pueblos europeos, los africanos, los árabes o los latinoamericanos. En esa estela, Estados Unidos financió a los evangelistas en América Latina para frenar la influencia de la teología de la liberación, que había apostado por la Iglesia de los pobres. La Organización de Estados Americanos siempre fue el Ministerio de Colonias norteamericano. Steve Bannon, el que fuera estratega de Donald Trump, se convirtió en 2018 en asesor de la extrema derecha europea y latinoamericana, a la búsqueda de democracias liberales que no tuvieran prejuicios democráticos. Al capitalismo le vienen mejor locos integristas que izquierdistas que quieran poner en cuestión el modelo económico. A los primeros, seguro, les va incluso a vender las armas. ¿No hemos visto que a la Alemania de Angela Merkel, sostenida por el SPD, le molestaba más el izquierdismo de Alexis Tsipras que el fascismo del italiano Mateo Salvini o el ultraconservadurismo del húngaro Orbán? ¿No se ha convertido la Unión Europea en un lugar donde se castiga a quien pone en cuestión el modelo eco-

nómico neoliberal, pero se convive con los que están resucitando el fascismo? ¿No regresan invariablemente los gestos de apoyo al franquismo de la derecha española o loas a Mussolini en Italia? En 1933, antes de que el presidente Hindenburg nombrara a Adolf Hitler canciller, los grandes banqueros y empresarios alemanes habían apostado por un "fascismo contenido". Solo cuando esa estrategia no funcionó y se sucedían los nombres en la cancillería generando incertidumbre para los negocios decidieron darle todo el poder al *cabo austriaco*. Los nazis ya campaban por las calles desplegando su violencia. El conspirador y expresidente Von Schleicher convenció al viejo *Reichspräsident* de que nombrara a Hitler. Hindenburg accedió haciendo una lectura inconstitucional del artículo 48 de la Constitución de Weimar que prescindía del Parlamento para elegir al primer ministro. La izquierda sumaba catorce millones de votos. La derecha, once y medio. Pero los apoyaron los poderosos que entendieron que ya había llegado el momento de Hitler. Históricamente, el fascismo ha sido el plan B del capitalismo en crisis.

¿Qué significa ser de izquierdas cuando de izquierdas son el filósofo de la deliberación Jürgen Habermas y el genocida de los jemeres rojos Pol Pot, el asesino del Gulag Iosef Stalin y el asesinado en democracia Olof Palme, lo son la generosa Dolores Ibarruri y el interesado Felipe González, el Mao de la Revolución Cultural y el Orwell defensor de la decencia, gente unida en su credo transformador pero tan diferentes como la desafiante Frida Kahlo y el guerrillero Che Guevara, la bolchevique Alexandra Kollontai y la desobediente Clara Campoamor, la honrada Dilma Rousseff y la burócrata Susana Díaz, el sobrio y honesto Andrés Manuel López Obrador y el poeta de los 500 años Subcomandante Marcos-Galeano, la pasional Rosa Luxemburg y el oportunista Willy Brandt, el fundador de Podemos Pablo Iglesias y el genocida de la guerra de Irak Toni Blair, el mudable Pedro Sánchez y el referente de la dignidad Pepe Mujica? ¿Qué significa ser de izquierdas cuando los partidos socialdemócratas, que han representado a la izquierda

por excelencia en el mundo occidental, aplican el neoliberalismo, son monárquicos, protagonizan la corrupción, hacen guerras e invaden países, rescatan bancos, miman a las multinacionales, castigan la agricultura sostenible o niegan los derechos humanos? ¿Qué significa ser de izquierdas cuando Rusia ha renunciado a su pasado comunista, cuando China es ese país donde "si practicas eficazmente el capitalismo te enriqueces, pero si hablas bien del comunismo te fusilan", cuando Cuba está borrando la palabra *comunismo* de su Constitución? ¿Qué significa cuando vivimos en el momento de mayores desigualdades de la historia de la humanidad, cuando la izquierda, en la segunda década del siglo XXI, aún sigue pidiendo disculpas por el estalinismo, pero la derecha no solamente no pide disculpas por el fascismo o por el colonialismo y la guerra, sino que los ha devuelto sin complejos al escenario político?

Lo que más me sorprendió cuando llegué a Alemania en el verano de 1989 fue la gente joven en los andenes de las estaciones gritando "*Wir wollen raus!*". Querían "salir fuera", que los dejaran viajar a otros países. Le recordaban al Gobierno socialista: "*Wir sind das Volk!*", esto es, "Nosotros somos el pueblo". Era patético escuchar al presidente Erik Honecker diciendo: "¿Por qué se van? Si aquí tienen de todo". Todo dependía de con quién te comparabas. Y ellos lo hacían con los alemanes occidentales. Honecker, que había estado en las cárceles de la Gestapo, tenía como referencia un mundo muy diferente al de esos jóvenes. Ese mundo que hizo a Bertold Brecht pedir disculpas por el estalinismo explicando que les había tocado vivir en tiempos de oscuridad. ¿Hizo lo correcto el Gobierno soviético no confiando en su pueblo? ¿Dónde estaban los intelectuales?

El repaso a las reflexiones teóricas sobre la izquierda genera la misma sensación que ver películas que han envejecido mal (y no es el objeto de este libro). Son muchas las bibliotecas donde desde antes de ayer tirita helado el corazón de la teoría marxista en muchos tomos. No porque no sea fructífero leer los textos del siglo XIX y del XX, sino porque es descabellado quedarse en los debates del siglo XIX

y del XX. Las discusiones metamarxistas no resisten un capítulo de *Los Simpson* ni una escena de *La vida de Brian*.

Sin embargo, las reflexiones que parten de alguna lectura de Marx suelen ser comprometidas en la mirada de los oprimidos y brillantes en los análisis teóricos, aunque, y es otra constante, son a menudo muy pobres en las propuestas concretas. La izquierda se ha mirado durante demasiado tiempo un ombligo marxista heredado. Marx vale cuando cada generación hace su lectura. Su mirada sobre el capitalismo es obligatoria y obligatorios sus desvelamientos de la explotación, de la alienación y del metabolismo del modo de producción capitalista. Las conclusiones que saque cada generación tienen que necesariamente ser diferentes. Cuando los obreros dejaron de sentirse explotados, pese a ser obreros y pese a haber leído y escuchado sobre conciencia obrera, ese discurso perdió buena parte de su fuelle. Marx sigue siendo una guía obligatoria, pero siempre cuando se destierre la voluntad de catequesis. Marx es como la poesía del cartero de Neruda: pertenece a quien lo necesite, no a los purpurados sacerdotes de ningún templo intelectual. Los grandes esfuerzos del posmarxismo han dado un rodeo. Su luz la han brindado en la mirada histórica, en la geografía política, en la propuesta de la renta básica, en la mirada decolonial, en la lectura del Estado y en una parte de la reflexión feminista. Casi siempre desde intenciones heterodoxas. Cuando no es así, tenemos montañas que paren ratones desconcertados.

Uno de los más lúcidos pensadores de la Escuela de Frankfurt, Theodor Adorno, en conversación con Max Horkheimer, resumía esa impotencia en una conversación en 1956:

Siempre me encuentro con la pregunta de qué haría si fuese director de radio o ministro de Educación. Y siempre tengo que reconocer que ello me produce una gran perplejidad. La sensación de que sabemos muchísimo, pero que por razones categoriales no nos está dado traducir nuestro saber a una verdadera praxis, tiene que estar presente en nuestras consideraciones.

A una parte importante de la izquierda le ha faltado fregar escaleras. O algo que les bajara un cable a tierra. El